



Capítulo 153

Alon no sabía nada sobre la Esencia de la Tribu de la Melena Dorada.

Era lógico.

En el juego «Psychedelia», la Esencia de la Tribu de la Melena Dorada no era un objeto que se usara de esa manera, sino simplemente un artefacto que aumentaba la tasa de golpes críticos del jugador.

Y, sin embargo, pudo darle consejos a Seolrang porque...

Lo había visto.

El patrón de maná de la esencia que poseía Seolrang comenzó a retorcerse de forma anómala, formando pronto una matriz no lineal que surgió a través de su cuerpo.

Normalmente, habría sido imposible para Alon percibir ese patrón.

Lo mismo ocurría con los demás magos.

Ni siquiera un Maestro de la Torre que hubiera alcanzado el Octavo Círculo podría haberlo visto.

Aunque era posible sentir el maná de alguien, discernir cómo fluía era otra cosa muy distinta.



Pero ahora, Alon podía hacerlo.

Debió de empezar después de su batalla con el duque Komalon.

Había adquirido la débil capacidad de ver los patrones de maná de los demás.

Sin embargo, no había reconocido plenamente este hecho hasta hacia poco.

No, no le había dado mucha importancia.

Aunque podía percibir vagamente los patrones, no eran lo suficientemente detallados como para ser de gran utilidad en la investigación mágica o en el combate.

Pero en ese preciso momento, el patrón de maná de Seolrang era nítido como el cristal.

No sabía por qué, pero era como si ella hubiera despertado.

Por eso Alon pudo aconsejarla.

Y Seolrang...

Había ascendido al sexto nivel.

¡Crackle!

Alon la miró con asombro.



Seolrang, ahora bañada en luz dorada, miró con desprecio al Apóstol del Orgullo.

Su presencia era tan abrumadora que incluso Alon no pudo evitar soltar un suspiro de admiración.

Justo cuando estaba a punto de volver a atacar...

—¡Ja!

Seolgak se movió.

¡Crack, crack, crack!

Un rayo negro surgió a su alrededor mientras retrocedía, con el rostro contorsionado por el dolor.

No había podido reaccionar cuando Seolrang despertó y, como resultado, su brazo derecho había quedado completamente destrozado.

—¡Ghh...!

Seolgak apenas logró agarrarse al muñón sangrante.

¡Aguanta!

Pero en lugar de gritar de dolor, su rostro se retorció de rabia.



«... Está bien, lo admito. Me has pillado, hermanita».

¡Crackle!

«Pero nada va a cambiar».

Envuelto en un manto de relámpagos negros, volvió a lanzarse contra Seolrang.

Y el trueno negro rugió.

¡Rumble!

Seolgak, lanzándose hacia Seolrang con un trueno negro estallando a su alrededor, la golpeó con tal velocidad que ni siquiera ella pudo reaccionar.

La velocidad pura, mucho más allá de los límites humanos, tomó a Seolrang por sorpresa, permitiendo que su ataque diera en el blanco.

Sin embargo, contrariamente a lo esperado, fue la expresión de Seolgak la que se endureció.

En ese fugaz instante, se dio cuenta de que...

Seolrang había levantado la mano, dispersando la fuerza del golpe.

Seolgak apretó los dientes, con el pánico parpadeando en su mente.



«Mi única oportunidad es ahora».

Él lo sabía.

Sabía lo que significaba la Deificación del Trueno para la Tribu Melena Dorada.

Incluso después de recibir el poder de «Él», Seolgak nunca había sido capaz de alcanzar ese reino.

Eso le revolvió las tripas.

Lo que surgió en su interior no era solo inferioridad...

sino miedo.

Había anhelado ese reino más que nada en el mundo.

Había sacrificado a toda su familia sin dudarlo, incluso con la intención de ofrecer a su propia hermana como recipiente de «Él».

Y así, ya lo sabía...

Ahora que Seolrang había alcanzado ese reino, nunca podría ganar.

Por eso...



«¡Tengo que matarla antes de que se adapte por completo a la Deificación del Trueno...!»

Los ojos de Seolgak se pusieron inyectados en sangre mientras liberaba su maná.

El poder abrumador que le otorgaba «Él» devoró su cuerpo, dándole una fuerza que nunca habría podido alcanzar por sí mismo.

Pero el poder sin un propósito tiene un precio.

La fuerza excesiva, más allá de sus límites, comenzó no solo a consumir, sino también a desmoronar su propia carne.

Sin embargo, la ejerció sin dudarlo.

El poder que le había otorgado el Gran Pecado del Orgullo le había permitido dominar a la mayoría de los seres más fuertes del mundo...

pero no era ni de lejos suficiente para alcanzar a ese dios dorado.

Lo único que consiguió fue ganar un poco más de tiempo.

«¡Pase lo que pase, la mataré antes de que se adapte!».

Consumido por el orgulloso maná, Seolgak se convirtió en la encarnación del maná negro y se lanzó hacia Seolrang.

Y con eso...

Un trueno negro y un relámpago dorado cayeron sobre toda la colonia.

Los relámpagos de obsidiana destrozaron el mundo.

Un rayo dorado se grabó en los cielos y la tierra.

En medio del caos...

«... Está listo».

Alon murmuró en voz baja, mirando al cielo.

En realidad, Alon no debería haber podido participar en esta batalla.

Seolgak estaba sobrecargando imprudentemente su poder, incluso a costa de su cuerpo, para matar a Seolrang, mientras que Seolrang se defendía de su embestida.

Alon no tenía forma de seguirles el ritmo.

Así es.

Para él, esta batalla no era más que un desastre natural, lleno de truenos ensordecedores, relámpagos dorados y tormentas negras.



Simplemente carecía de la capacidad para entrar en su mundo.

Sin embargo, Alon aún podía observar con calma la situación.

Gracias a los restos de maná que había dejado su enfrentamiento.

Los residuos de maná de su batalla le proporcionaron valiosos conocimientos.

Su reciente interés por la investigación mágica, especialmente en los patrones de maná basados en «sellos», le había sido de gran ayuda.

Aunque no podía comprender completamente toda la situación solo a partir del maná residual, aún así podía recopilar información clave.

Los dos datos más importantes eran:

«El Apóstol del Orgullo se está esforzando demasiado para lidiar con Seolrang, y Seolrang aún no se ha adaptado completamente a su despertar».

Alon miró fijamente al vacío.

Aún no podía ver con claridad.

Solo fluctuaciones de maná que aparecían y se disipaban, permitiéndole inferir patrones.

Después de respirar profundamente...



—Hoo...

Alon formó un sello.

Como se ha mencionado, Alon no pudo participar en esta batalla.

Era imposible.

Al menos, lo habría sido para el Alon del pasado.

Volvió a mirar al cielo.

Entre los residuos de maná dispersos de los dos miembros de la Tribu Melena Dorada, su propio maná se había extendido silenciosamente.

Aunque aún no se había manifestado por completo, su maná flotaba invisiblemente en el aire.

El maná normalmente requería una «manifestación» para tomar forma.

Pero Alon había roto esa convención.

Extraer casi todo su maná de su sala de maná, dejando solo lo mínimo indispensable, fue gracias a su reciente investigación con Penia.

Al explorar las transformaciones de los patrones de maná basadas en las estructuras de los sellos, había descubierto nuevas formas de moléculas de maná.

Esto le permitió controlar su maná en su estado molecular sin manifestarlo, anclándolo en el aire.

Y con un amplio tiempo de preparación, Alon había logrado esparcir su maná por todo el campo de batalla.

«Por supuesto, debido a la falta de maná abundante, su densidad era inevitablemente baja».

Pero eso era suficiente por ahora.

Después de todo, el objetivo de Alon no era lidiar con Seolgak...

«Expansión (膨脹)».

-pero simplemente para crear una breve oportunidad para Seolrang.

¡Rumble!

Mientras Alon murmuraba, las moléculas de maná que había esparcido comenzaron a expandirse todas a la vez.

En ese fugaz instante...

«1».

Alon podía verlo.



Seolrang, arrastrado fuera de la batalla por la repentina expansión de maná en el aire.

«¿Qué demonios...?»

Y Seolgak, atacándola en ese mismo instante.

Sin un momento que perder, Alon pronunció el siguiente conjuro.

«Punto (點)».

El maná en expansión convergió instantáneamente en Seolgak.

Sin embargo...

¡Boom!

La magia que Alon había preparado durante minutos, conteniendo la respiración, se desvaneció por completo con nada más que una irritada patada de Seolgak.

Una sola descarga de trueno negro borró todo el maná que Alon había expandido.

Una situación aplastantemente inútil para Alon, que se desarrolló en menos de dos segundos.



Sin embargo, una sonrisa torcida se dibujó detrás de su rostro inexpresivo.

Dos segundos.

Para él, dos segundos ni siquiera eran suficientes para lanzar un hechizo correctamente.

Pero para Seolrang...

«1».

Dos segundos fueron más que suficientes para acabar con Seolgak.

Alon no apartó la vista del cielo.

Allí, con una expresión de horror, Seolgak miraba hacia arriba.

«Rangchangrangchang (槍狼槍)...».

Y descendiendo desde arriba...

El descenso del dragón del trueno (龍降臨).

Un dragón dorado.

¡Roooooooooar!



El mundo se volvió blanco.

Poco después.

Se había formado allí un cráter, increíblemente ancho y profundo.

Y en su centro se encontraba Seolrang.

Su deificación del trueno se había desvanecido y ella miraba en silencio hacia abajo.

A sus pies yacía el apóstol del orgullo, Seolgak.

Con un enorme agujero en el corazón.

«Estúpido... de verdad».

A pesar de tener el corazón atravesado, sin posibilidad alguna de sobrevivir, Seolgak miró a Seolrang con ojos muy abiertos y furiosos.

«Te arrepentirás de esto, hermanita. Sin duda te arrepentirás del día en que rechazaste los poderes que preparé para ti... ¡Te arrepentirás!».

Los gritos desesperados de Seolgak.

Pero Seolrang permaneció inexpresiva mientras levantaba la pierna.



«No necesito nada de eso».

¡Crack!

Le aplastó la cabeza como si ya no necesitara escuchar ni una palabra más.

«Ya he conseguido lo que quería».

Al ver cómo el cuerpo de Seolgak se desmoronaba hasta convertirse en polvo, como si nunca hubiera existido, Seolrang desvió la mirada.

«¡Ah, maestro!».

Ella vio a Alon e intentó correr hacia él...

¡Pum!

Pero se derrumbó inmediatamente.

Alon corrió a ver cómo estaba.

«¿Eh? No puedo mover el cuerpo».

El comentario despreocupado de Seolrang, a pesar de acabarse de caer, hizo que Alon soltara un pequeño suspiro de alivio.



«Probablemente sea porque te has esforzado demasiado».

«¿Es eso, maestro?».

«Sí».

Seolrang asintió brevemente, como si eso tuviera sentido, y luego susurró suavemente.

«Gracias, maestro».

«… ¿De repente?».

«Sí. Tú me enseñaste a usar la Deificación del Trueno. Gracias a ti, pude matarlo».

Gracias, eh.

Alon se quedó en silencio un momento antes de hablar.

«Seolrang».

«¿Sí, maestro?».

«… ¿Estás bien?»

«¿Eh? ¿Por qué?»



«… Te preocupas mucho por tu familia».

Seolrang sonrió ante su pregunta.

Una sonrisa amarga que Alon nunca había visto antes.

Pero…

«… Sí, maestro. Amo a mi familia».

«…»

«¿Pero sabes qué?».

Esta vez, una brillante sonrisa apareció en su rostro.

«Nunca haré nada que me haga perder algo aún más preciado. No soy tonta».

«…»

Al escuchar sus decididas palabras, Alon se dio cuenta de algo sin siquiera proponérselo.

La había estado percibiendo igual que Seolgak: a través de sus propias suposiciones.



Al igual que Seolgak seguía viendo a Seolrang como la niña ingenua y débil de hacía diez años,

Alon la había estado viendo como uno de los Cinco Grandes Pecados de «Psychedelia».

A pesar de que habían compartido recuerdos y experiencias, él seguía aferrado a ese prejuicio.

No como Seolrang, que ahora le mostraba una brillante sonrisa y se había convertido en la primera Baba Yaga de la colonia...

sino como un personaje que siempre podía convertirse en uno de los Cinco Grandes Pecados del juego.

Pero ahora lo entendía.

Seolrang ya no era un simple villano del juego ni alguien a quien Alon tuviera que vigilar con cautela.

Era alguien que valoraba a su familia con su vida, pero que aún así podía tomar las decisiones necesarias sin dudar.

En cierto modo, se había vuelto más fuerte y sabía que el propio Alon.

«… Ya veo».

Alon se rió suavemente sin darse cuenta, sintiéndose más ligero por dentro mientras la miraba.

«Maestro... ¿puede sonreír?».

«…?»

Seolrang lo miró con una expresión más sorprendida que nunca.

Era tenue, pero era una sonrisa que llegaba al corazón.

Algún tiempo después.

Después de enterarse de que Rine se había ocupado del Escorpión, Seolrang se recostó contra una pared en ruinas para recuperarse.

-Maestro.

«¿Eh?»

«Haz eso otra vez».

«¿Qué cosa?».

«Lo de la oreja».

«… ¿Por qué?».



«Me gustó».

Seolrang se rió y Alon le apretó suavemente la oreja sin decir nada.

Cerrando los ojos lentamente, Seolrang habló.

«Maestro».

«¿Qué pasa?».

«Gracias por preocuparte por mí».

«… Por supuesto que me preocuparía».

«¿En serio?».

«En serio».

Ante su respuesta...

«… Ya veo».

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Seolrang.

Era una tarde en la que se podía ver el sol poniéndose más allá de los muros derruidos de la colonia, desvaneciéndose en el horizonte.